

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NUMERO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

25 NÚMEROS, 2,50 PESETAS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
 > trimestre..... 2,50
 > año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS { Un trimestre..... 3 pesetas.
 > semestre..... 6
 > año..... 12

CUESTIÓN CAPITAL

Lo primero sería que los españoles nos pusiéramos de acuerdo sobre estos extremos: ¿cuál es el destino de la humanidad? ¿Cuál es la misión del hombre sobre la tierra? ¿De qué suerte debe ser estimada y considerada en su vista la vida terrena?

Y se dirá: ¡vaya una exigencia oportuna! ¡Buenos estamos ahora para perdernos en disquisiciones metafísicas! ¿Qué tiene que ver la solución de los problemas transcendentales de la vida y el destino humano con la obra de nuestra regeneración nacional?

Tiene que ver y mucho. Consciente ó inconsciente, la noción que cada raza, cada pueblo, cada individuo tienen de la vida es la que inspira y determina su conducta. Sin duda la consecuencia no siempre guarda con el principio una correlación rigurosa. La lógica de la vida no es unilateral y rectilínea como la lógica de la escuela. Pero ¿puede nadie dudar de que el sentido general que de la realidad se tiene informe el carácter y condiciones la actividad de razas, pueblos ó individuos?

Si la vida presente es un medio y la vida eterna el fin; si este mundo es un valle de lágrimas y un triste lugar de destierro, si el placer es fuente de pecado y el dolor santo instrumento de expiación, no se seguirá de aquí en la práctica, como debiera seguirse en teoría, que los que tal piensan abominen del mundo, se retiren al yermo, huyan de la dicha, anhelan la desventura y se extingan entre las asperezas de un suicidio místico. No; la naturaleza no se deja falsear tan por completo. Pero si es evidente que los hombres y pueblos educados en esta extraña concepción serán menos solícitos por el trabajo, menos cuidadosos de su bienestar, más inclinados á una resignación fatalista, peor armados y dispuestos para la lucha de la vida.

Quiere esta lucha, como todas, vigor y ardimiento. Quien quiera alcanzar la victoria ha de empezar por desearla con vehemencia. Para esto necesita creer ante todo que su reino es el de este mundo. Solo así se esforzará con denuedo por recabar de presente su parte de dicha y de bien. No verá en el placer un enemigo del alma, sino un estímulo del obrar. No verá en el dolor un medio de redención, sino un mal que hay que combatir. La transcendencia ultraterrena de la vida no turbará su sueño. Dará á cada mundo lo que es suyo. No renunciará á las realidades de la tierra por las esperanzas del cielo. Y, pronto siempre á rebelarse contra los rigores del destino, resultará un campeón fuerte y decidido en la lucha por la existencia.

No se alegue que los pueblos que ahora triunfan en esa lucha se hallan inspirados, al igual que nosotros, en ideal cristiano. Eso no es verdad, aun cuando ellos mismos lo crean. No son cristianos ni en el bien ni en el mal que practican. No son cristianos peleando, amenazando, despojando. No son cristianos cuando estudian, laboran, producen, previenen, se esfuerzan por hacer para ellos un paraíso de su morada terrenal. En la sorda labor de la historia esos pueblos han ido dejando en el camino cuanto la concepción cristiana de la vida tiene de transcendental, para no conservar de ella sino la aureola prestigiosa de un nombre venerado con que

rodear de respetos á una moral utilitaria. Ni Inglaterra ni los Estados Unidos son ya patria de la teología.

Ha seguido la religión en la historia las diversas fases del desarrollo humano. Idealista y metafísica en la India, poética é imaginaria en Grecia, mística y supersticiosa en la Edad Media, es utilitaria y positiva. Solo que en dos opuestas direcciones. Donde la nación está constituida y la conciencia pública formada, la religión se ha hecho moralista, instrumento útil de una ética exclusivamente nacional. Donde la nación es una vana apariencia y el espíritu público está todavía por formar, la religión se ha hecho política y tomado partido. En el primer caso, el espíritu religioso es factor inestimable de la organización social, y forma parte, como en Inglaterra, de la interna constitución del Estado. En el segundo se hace de ella bandera de facción, y sirve, como en España, de lábaro de guerra civil. No es la religión misma la que es así ó del otro modo: es el genio peculiar de cada pueblo el que le da esta ó la otra aplicación.

Mal pueden tacharse de abstrusas estas reflexiones donde, como entre nosotros, tienen las cosas del otro mundo una tan decisiva y tan deplorable transcendencia práctica. Aquí, donde nunca hubo metafísica, la metafísica nos gobierna. Los teólogos han tenido más poder que los pensadores para extraviar á los pueblos. La patria de Kant, de Fichte y de Hegel, convertida en un gran imperio, anda ahora disputando á Inglaterra los mercados del mundo. La patria de Suárez y de Domingo Soto se apresta; despojada y arruinada, á consumir su suicidio en una lucha intestina, que será en un siglo la cuarta que haya desgarrado sus entrañas, originada por un «tíquis miquis» de legitimidad. ¡Tan honda es la diferencia entre la eficacia metafísica de tejas arriba y de la de tejas abajo!

Si; hay que ponerse de acuerdo sobre los primeros principios si queremos tomar un partido. ¿Convenimos en que la vida terrestre no vale la pena y en que aquí se viene á merecer y á sufrir? Benditos entonces los yanquis que nos sirven de sayones; bendito nuestro despojo; bendita nuestra humillación; bien venida nuestra miseria y bien venido D. Carlos, que nos hará ganar el cielo. ¿Convenimos en que lo que ahora nos importa son las cosas de la tierra, que es seguramente el suelo de nuestro destino? Entonces hay que vivir con el siglo y declarar guerra á muerte á todo cuanto á ello se oponga. Porque lo peor de todo sería, no conviniendo en nada, perder juntamente los bienes de la tierra y las promesas del cielo y vernos condenados á la desgracia en esta vida y al infierno en la perdurable.

ALFREDO CALDERÓN.

CONTRA EL RÉGIMEN

«En todo país, cuando ha ocurrido un infortunio nacional tan grave, se han tocado las consecuencias del desastre. En Francia cayó el imperio y cuantos con él gobernaban, para no volverlo á hacer jamás, por la pérdida tan solo de dos provincias. En Italia, después de las derrotas de Africa, fué desterrado para siempre de la vida pública Crispi. En otros pueblos se han visto escarmientos semejantes y aun más duros.

»Por lo que cabe pensar y es preciso decir lo siguiente: «Si en otras partes, al sobrevenir mutilaciones del territorio nacional de menos extensión y gravedad que las nuestras, se ha cambiado de régimen, ¿qué menos se puede pedir en España ante la eliminación de todo su imperio colonial, que el cambio de gobierno y de partido?»

(Declaraciones de Silvela.)

A UN SEMBRADOR

¡Siembral! De plantas útiles
el campo está desnudo,
y en sus entrañas duermen
los inactivos jugos.

Tiende la tosca mano
llena del trigo rubio,
y ¡oh labrador! espárcelo
con gesto grave, augusto.

Espera en el misterio
de aquel poder oculto
que cada grano trueca
en abundantes frutos.

Así ¡oh hermano mío!
pudiera á ejemplo tuyo
sembrar yo en dócil tierra
sobre el labrado surco,
ver como el campo estéril
trocábase en fecundo,
y de labor cansada
llegar á ver los frutos.

Yo soy como el que siembra
sobre los yermos duros,
como el que sobre el agua
su obscura firma puso;
mas creo en los milagros
de la energía y lúcho:
dame lección, maestro,
gañán de gesto augusto.

RAMÓN D. PERÉS.

CONFERENCIA GRIPPAL

La señora doña Grippe, acompañada de su familia D. Dengue, D. Bruno Neumonía y de la señorita Coqueluche, nos recibió no hace muchos días y estuvo elocuentísima.

—No se puede—nos dijo—meterse una en política; había deseado hacer este año una obra de importancia, pero lo dicho: ¡maldito si los españoles son merecedores de semejante interés.

—Señora simpática y afabilísima—dijimos nosotros recordando que los romanos, llenos de temor llamaban pías á las furias,—señora gratísima; á nadie le puede resultar sosiego de conciencia si fía de una enfermedad la solución de sus asuntos por peliagudos que ellos sean.

—Convenido, convenido. Más vosotros no me llamasteis, sino que el diablo, encargado de distribuirnos á las enfermedades por el mundo, nos vió esperando vez entre otros compañeros del trabajo morboso, y nos dijo:

—Pero, ¿ya tan entrado el invierno y os estáis aquí mano sobre mano? ¿Qué esperáis?

—No tenemos dónde ir. Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y hasta la fría Rusia nos desprecian. La higiene está allí tan adelantada, los médicos, ó son tan diestros ó cuentan ya con tantos elementos para combatirnos, que apenas aparecemos por allí... ¡zas!, nos expulsan.

DON QUIJOTE



Los santos inocentes.



Nadie las mueva que estar no pueda con Sagasta á prueba



¡Vaya usted á la M!

POMPAS FUNEBRES



El enterrador



Quien con niños se acuesta...

¡LIMPIATE!



Liquidando el empréstito.



Lát. de la Viuda de M. Eautista, Jesús del Valle, 22

Los reyes de este año.



Esperando á que pase el cadáver del enemigo.

Ayuntamiento de Madrid

—¿España?
—Señor diablo... es tan desgraciado—dijo la Grippe—ese país, que á nosotros mismos, á mi hermano gemelo el Dengue, á nuestra señora la Bleuro-bronconeumonia y hasta á la niña Coqueluche... nos da compasión y tenemos ciertos escrúpulos...
—¡Infierno rojo!, ¿escrúpulos?
—¿Qué satisfacción puede cabernos en atacar á criaturas endenques, debilitadas y enfermizas?
¡Por lo mismo «están llamadas á desaparecer» como la... ¡Largo, á trabajar!

Dicho lo cual viniéronse á España y quisieron meterse en política y sin duda en muchas casas entraron todos los agentes catarrales de una vez y aquí de las confusiones de los médicos: ¿Qué tenía el enfermo? Pulmonía—decía uno—¡Tos ferina!—diagnosticaba otro, gripe... dengue... Y jaropes y píldoras y emplastos; rabiosa y furiosa defensa contra el enemigo...

Bien sabe Dios que es de celebrar que los catarrales enemigos hayan sido vencidos por la ciencia... pero lo que es bien triste, sin duda alguna, no es ya el estado de los enfermos, sino el de los sanos.

La grippe... ha sido vencida, y pretendientes y herederos tienen que esperar; la política no será resuelta por la patología... Pasa el tiempo... sigamos sufriendo el laborioso proceso febril de la censura... A estas pobres causas tienen que remitir sus esperanzas los pícaros politiquillos... Y el país sigue morfibizado.

¡Juventud, juventud!... ¡Ah! Si no te ofreces generosamente á dar tu sangre preciosa, sangre para rejuvenecer la patria... todos nos veremos pendiente del proceso de una enfermedad; los médicos tendrán en su mano el secreto misterioso de los sucesos políticos, y con los diagnósticos verán los planes, y con las recetas las reformas.

¡Juventud, juventud generosa!... Decide, habla largo y ponte en movimiento... porque, de lo contrario, la historia de España estará archivada en las boticas.

¡Desdichado país!

LAS IDEAS

¿Qué ha resuelto nunca en el mundo; qué ha podido resolver el hierro y el fuego? La cicuta que mata á un pensador, es la savia del árbol de la historia, la sangre que circula por las venas de toda la humanidad. Esos mismos que están ahí en esas lápidas en apoteosis, ¿no murieron, condenados por los reyes, maldecidos por los sacerdotes, denostados por el pueblo que les escupía, que pedía rey absoluto á los gritos de «vivan las cadenas y muera la nación»? Esos hombres, ¿no fueron arrastrados al patíbulo en una estera y precipitados á la eternidad por la mano del verdugo? Y, sin embargo, vosotros escribís ahí sus nombres para ejemplo de las generaciones venideras, como estrellas fijas que iluminan la mente de los legisladores modernos.

Pues qué, un pensador de altura, ¿no sabe que, después de todo, el hecho en la historia es el fenómeno? ¿No se acuerda de esto que tantas veces ha dicho en sus elocuentísimos discursos de academia: que el hecho es el fenómeno, y lo sustancial, lo permanente, lo eterno, es la idea?

Yo quiero que nos digáis qué idea habéis extinguido con la persecución los perseguidores de ideas. Perseguisteis á los fundadores de la conciencia del mundo moderno en Occidente; perseguisteis á Tales, y nació Pitágoras. Obligasteis á Pitágoras á forzoso silencio, y nació Genophanes. Desterrasteis á Genophanes, y nació Sócrates. Disteis á Sócrates la cicuta, y nacieron Platón y Aristóteles, las dos fases eternas del espíritu humano. Fueron los estoicos á Roma; la familia Flavia los expulsó, y el estoicismo subió al trono con Marco y Aurelio para difundir su espíritu universal en todos los Códigos del mundo. Y ese mismo estoicismo azuzó las fieras del Circo contra los cristianos, y los cristianos ocuparon el Capitolio. Y vino la Iglesia, y se hizo á su vez perseguidora; y persiguió á Pelagio; y persiguió á Arrio; y persiguió á los nestorianos; y persiguió á los valdenses; y persiguió á los albigenses; y las sectas fueron, como grandes cometas, siguiendo su camino entre hogueras y tormentos hasta formar ese planeta que se llama reforma. Y luego desterrasteis de los palacios de los reyes absolutos á los filósofos, y los filósofos dominaron en el siglo XVIII á los reyes absolutos. Excomulgasteis á los masones, y el masonismo es hoy el sentido común de vuestra clase media. Perseguisteis á los carbonarios, y los persiguió la Santa Alianza; no les dejó un asilo en la tierra, no tenían patria; y un gron carbonario, Mazzini, educó á los reyes; y el carbonarismo dominó en el Quirinal, y extendió sus reflejos hasta el palacio de Madrid, y se levantó sobre el sepulcro donde descansan los huesos de Felipe II, como para probar la impotencia de todos los déspotas contra el movimiento natural de las ideas.

F. PÍ Y MARGALL

LA FE

I

Buena cosa es la fe, buena, muy buena. Yo no lo he puesto nunca en cuarentena, ni lo duda Luciano; que, como buen cristiano, cree en el infierno, cree en el purgatorio,

y en todo lo demás del repertorio católico apostólico romano.

II

¡Oh, Luciano, infeliz; oh, buen amigo! Estrellándose ayer contra un postigo, dió de cara en la punta de un cerrojo y se halla á pique de perder un ojo,

III

—Para mi cura con la fe me basta— el herido sostiene con paciencia; y el doctor, renegando de su casta, se ha marchado á otra parte con su ciencia. El insomne doliente noche y día reza á Santa Lucía, y sólo se levanta para elevar sus preces á la santa, delante de una imagen de madera oculta en su hornacina de cristales por más flores que da la primavera entre un bosque de cirios colosales. —¿Y con eso mejora? —Va de mal en peor hora por hora.

IV

¡Oh pobre amigo mío, oh buen Luciano, á quien quiero lo mismo que á un hermano! Inmensa era tu fe, pero es lo cierto que te has quedado tuerto y que el ojo restante no está sano. Por yo no se qué extraña simpatía, enferma de repente. ¡Si no es más eficaz Santa Lucía, ciego serás irremisiblemente!

V

Viendo Luciano ya que no va viendo ni más ni tan allá de sus narices, ha pedido un doctor. Salgo corriendo, encuentro un oculista de renombre por sus curas felices y vuelvo con mi hombre á la estancia en que aquél se desespera, aunque, en verdad, sin suprimir la cera.

VI

¡Gracias á Dios! Mi amigo y compañero, merced al oculista, por más que le ha quedado un ojo huero, no ha perdido la vida. Llevándose la mano de la órbita vacía al ojo sano, aunque trataba de ocultar su pena, decía ayer el infeliz Luciano, con expresión no exenta de amargura: —Buena cosa es la fe, buena, muy buena!... pero la medicina es más segura!

Aquí falta fiebre.

Las tempestades de la Naturaleza no son de suyo apetecibles; pero pueden ser benéficas, por razón de sus efectos, en determinadas circunstancias.

Una cosa análoga acaece con las tempestades sociales. No es de desear, en tesis general, que haya en un país pasiones, perturbaciones, agitaciones. Pero hay momentos en que, cristalizada, petrificada la vida nacional, sólo por el impulso que de las pasiones nace, cabe salvarla de la muerte.

Alguien ha dicho con razón que, sin un poquito de fiebre, no puede haber verdaderas convicciones. Con mayor motivo cabe afirmar que no es posible la regeneración de los pueblos sin un mucho de calentura.

Con prudencia, sensatez, paciencia, discreción, tacto, se vive y gobierna en tiempos bonancibles. Ninguna de esas virtudes es adecuada para consumir altas empresas y solucionar supremas crisis.

La vida es así y hay que tomarla tal como es. Sin duda la historia estaría limpia de muchas manchas si de ella se pudieran borrar los arrebatos pasionales; pero hay que tener en cuenta que, sin los tales arrebatos, la historia misma no existiría.

UNA AGRESIÓN

(Traducido de «La Tribuna» de Roma)

Un hombre joven, fuerte, nervudo, armado con un grueso garrote, encontró á un viejo, el cual, á pesar de su edad, se conservaba no del todo mal, si dejamos aparte la natural debilidad, hija de los muchos años.

—Me gusta mucho—dijo el joven al viejo—vuestro sobretodo; espero que seréis tan amable que me lo regalareis.

—¡Me choca la franqueza! ¿Y eso por qué? ¡Nunca! contestó el vejete.

—¡Hola, hola! ¿Decís que no? Pues defendeos, porque os lo tomo.

El viejo se puso en guardia como mejor pudo, enarbolando la caña con que se apoyaba; pero el joven se abalanzó sobre él, y del primer garrotazo rompió la débil caña de su adversario; de un segundo golpe le hundió una costilla, y con el tercero lo hizo rodar por el suelo.

—¡Basta!—murmuró el viejo.—Te cedo el sobretodo. El joven cesó en sus golpes, pero continuando con el bastón enarbolado, dijo al vencido:

—El sobretodo me pertenece: está bien. Pero necesito que me des también tus pantalones.

—¡Oh, basta! lo que es esto no, no...

—¡Ah! ¿con que no?—Y el joven hizo ademán de secundar la ración de garrotazos con que había regalado las espaldas del pobre viejo.

Varias personas advirtieron el suceso, pero ninguno protestó ni levantó su voz en favor del malparado vejete; todos asistían indiferentes al curioso espectáculo.

—Cedo ante la brutal imposición de la fuerza—suspiró el viejo llorando de rabia.—Podéis tomar mis pantalones.

El joven no se lo hizo repetir por dos veces y se alejó con el botín de su hazaña, saludado por los aplausos

de los espectadores, que como sucede siempre, se inclinaban del lado del más fuerte.

Cuando el vencedor habría caminado una veintena de pasos, se detuvo, se puso de rodillas, y alzando los ojos al cielo murmuró esta oración:

—¡Oh, señor! Yo invoco tu paterna bendición para aquel pobre viejo desgraciado. Manifiesta una vez más tu misericordia infinita, y consuélalo y exáltalo sobre su actual miseria y deplorable estado...

La guerra hispano americana merecerá de la historia un juicio tal vez muy diferente. Pero redúzcase el suceso á las proporciones de la anécdota referida arriba, póngasele al cuento el título de «Una agresión», y después diga el paciente lector si la tal guerra no debe relatarse como yo he relatado lo susodicha anécdota.

DEL LIBRO «TIERRA CALIENTE» (1)

Alegre y caprichosa me mordía las manos mandándome estar quieto.

No quería que yo la tocara.

Ella sola, lenta muy lentamente, desabrochó los botones de su corpiño y destrenzó el cabello ante el espejo, donde se contempló sonriendo. Parecía olvidada de mí. Cuando se halló desnuda, tornó á sonreír y á contemplarse. Semejante á una princesa oriental ungióse con esencias. Después, envuelta en seda y encajes, tendióse en la hamaca y esperó; los párpados entornados y palpitantes, la boca siempre sonriente, con aquella sonrisa que Atilio Bonaparte—un poeta extravagante que estuvo loco por Lili—había llamado estrofa alada de nieve y rosas. Yo, aun cuando pareciera extraño, no me acerqué. Gustaba la divina voluptuosidad de verla, y con la ciencia profunda, exquisita y sádica de un decadente, quería retardar todas las otras, gozarlas una á una, en la quietud sagrada de aquella noche. Por el balcón abierto, se alcanzaba á ver el cielo de un azul profundo, apenas argentado por la luna. El céfiro nocturno traía del jardín aromas y susurros; el mensaje romántico que le daban las rosas al deshojarse. El recogimiento era amoroso y tentador. Oscilaba la luz de las bujías, y las sombras danzaban sobre los muros. Allí, en el fondo tenebroso del corredor, el reloj de cuco, que acordaba el tiempo de los virreyes, dió las doce. Poco después cantó un gallo. Era la hora nupcial y augusta de la media noche.

Lili murmuró á mi oído:

—¡Dime si hay nada tan dulce como esta reconciliación nuestra!

No contesté, y puse mi boca en la suya queriendo así sellarla, porque el silencio es arca santa del placer. Pero Lili tenía la costumbre de hablar en los trances supremos, y después de un momento suspiró:

—Tienes que perdonarme. Si hubiésemos estado siempre juntos, ahora no gozaríamos así. Tienes que perdonarme.

¡Aun cuando el pobre corazón sangraba un poco, yo la perdoné! Mis labios buscaron nuevamente aquellos labios crueles. Fuerza, sin embargo, es confesar que no he sido un héroe, como pudiera creerse. Las palabras de Lili, tenían el encanto apasionado y perverso que tienen esas bocas rampantes de voluptuosidad que cuando besan muerden.

Sofocada entre mis brazos, Lili murmuró con desmayo:

—¡Nunca nos hemos querido así!... ¡nunca! ¡nunca!...

La gran llama de la pasión envolviéndonos toda temblorosa en su lengua dorada, nos hacía invulnerables al cansancio, y nos daba la noble resistencia que los dioses tienen para el placer. Al contacto de la carne, florecían los besos en un mayo de amores.

Rosas de Alejandría yo las deshojaba sobre sus labios! ¡Nardos de Judea yo los deshojaba sobre sus senos! Y Lili se estremecía en delicioso éxtasis, y sus manos adquirían la divina torpeza de las manos de una virgen. ¡Pobre Lili, después de haber pecado tanto, aún no sabía que el supremo deleite sólo se encuentra tras los abandonos crueles, en las reconciliaciones cobardes. A mí me estaba reservada la gloria de enseñárselo. Yo, que en el fondo de aquellos ojos creía ver siempre el enigma obscuro de su traición, no podía ignorar cuánto cuesta acercarse á los altares de Venus Turbulenta. Desde entonces compadezco á los que engañados por una mujer, se consumen sin volver á besarla. Para ellos será eternamente un misterio la exultación gloriosa de la carne.

R. DEL VALLE INCLÁN.

Almanaque de DON QUIJOTE PARA 1899

Se ha puesto ya á la venta, y publica, entre otros originales, los siguientes:

Literatura extranjera. Poesías: Jesús, por Víctor Hugo; *Insomnio*, por Haine. Cuentos: *El literato*, por Catulo Mendez; *La cogida del Tato*, por Julio Claretie.

Poetas americanos: *Nieve de hartio*, por Juan de Dios Pesa. *La guitarra:* Cantares de Blasco, Redel, Alcáide de Zafra, Burgos, Avilés, Palau, Iruela, Machado, Faradas, Tovar y González Cando.

Y artículos y poesías de Ramos Cañón, Balart, Barrantes (Pedro), López Silva, Valle Inclán, Benavente, Rueda, Ferrari, Palacio (Manuel del), Dicenta, Pérez (Dionisio), Guillar, Delgado (Sinesio), Medina (Vicente), Palomero, Sawa (Miguel) y otros distinguidos escritores.

De la parte artística se han encargado notables caricaturistas españoles y extranjeros.

El *Almanaque de DON QUIJOTE para 1899* forma un elegante volumen de 64 páginas, y va adornado con una artística cubierta en colores.

Precio: 50 céntimos para el público, y 40 para los correspondientes y suscriptores de *DON QUIJOTE*.

(1) Del *Almanaque de Don Quijote* para 1899.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca 18.